

La presencia en nuestro modesto rincón del nuevo libro del Lic. don Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha producido en nuestro espíritu la misma impresión que pudiera traernos la presencia de un hijo de este ciudadano distinguido y amigo benevolente. Con el mismo placer que al hijo de carne y hueso, le hemos tendido la mano al libro, con el mismo cariño, con la misma solicitud. Y es que por las páginas del libro circula ardorosa la sangre que nutre la vida de un hijo: el autor le ha impreso el sello de su personalidad sobresaliente como hombre de pensamiento que llega a una curul parlamentaria investido con la representación del pueblo elector; y que en la curul ha sabido hacerse cargo noblemente de sus responsabilidades representativas. Al final de la jornada el Diputado no se siente dispensado de lo que para él es un deber de hombre honrado, de ciudadano honrado, y da cuenta al país de su actuación dentro del recinto del Congreso: hace un balance de su labor y la presenta sin ostentación a sus conciudadanos, para que la juzguen. Él no lo dice, pero se comprende que ese es su designio.

Efectivamente, este libro de ciento treintisiete páginas, editado en edición de lujo, contiene el trabajo que como diputado hiciera su autor en los cuatro años que comprende la elección.

Hacen de introducción unas *palabras preliminares*: un discurso del autor del libro en la reunión política de su partido. Este discurso contiene la plataforma, los puntos de vista, en que más tarde ha de colocarse el ciudadano electo. Siguen a continuación, como soldados de línea en el momento de presentar las armas, los discursos, los proyectos y las iniciativas del representante elegido, actuando ya en pleno campo de batalla. En todos ellos aparece el idealista enamorado del terruño; pero es este un idealista que se empeña en llevar a la práctica un principio, una idea redentora y a veces un

Yo creo que uno de los más hermosos espectáculos que nos es dado contemplar, es este de un hombre joven, inteligente, sano, fuerte y honrado moviéndose al frente de una gran empresa.

Y ayer a mí me fue dado este espectáculo.

Fue en el Instituto de Alajuela. La gran empresa es un Colegio de Enseñanza Secundaria con sus adolescentes y profesores, a cuya cabeza está Teodoro Picado.

Acudí allí con motivo del homenaje que el Instituto tributaba a don Joaquín García Monge, el maestro que se ha pasado la vida ofreciendo alta lectura al Continente de habla española.

Me había llamado la atención un homenaje por una labor que casi todos miran en Costa Rica con despectiva indiferencia y en una época en que—según me cuenta persona bien informada—un maes-

El libro de un estadista

Alejandro Alvarado Quirós: *Ecos de la Vida Parlamentaria*. Proyectos, iniciativas y discursos. San José, Costa Rica, 1930.



Lic. Alejandro Alvarado Quirós

ensueño creador. Ni el optimismo exagerado lo hace perder o variar el verdadero concepto de las cosas, ni el pesimismo desdeñoso lo hace detenerse en la ruta trazada y quedar a la vera del camino como aparecen los censores criollos que nada encuentran bueno de cuanto existe o esté por hacerse, ni saben empeñar su saber o sus energías en empresa constructiva alguna, ni como individuos ni como unidades de la colectividad en marcha. No aparece tampoco el escéptico

R. Coto

San José, junio de 1930.

(Envío del autor)

Teodoro Picado

(Envío de la autora.)

tro de maestros predica entre nosotros a los jóvenes, la poca importancia de ser buen maestro y la mucha que hay en hacer dinero.

Y el homenaje resultó entusiasta y fervoroso, como organizado por personas para quienes estas cosas del mundo espiritual, tienen tanto valor, si no más, que el éxito en un negocio en el cual se ganan millones.

Desde el primer momento se comprende lo que significa la presencia de un hombre como Teodoro Picado entre este grupo de estudiantes. La energía que brota de su juventud, es contagiosa. Yo sentí un hondo deseo de volver a mis quince años, ser alumna del Instituto y trabajar y estudiar mucho bajo el ejemplo de esta hermosa fuerza encauzada por la inteli-

recluido en los repliegues de un pensamiento hostil a cuanto le rodea. Sano, fuerte, jocundo se muestra el temperamento que campea en las páginas del libro. Todos los problemas nacionales, vitales y serios, relacionados de algún modo con las funciones de la Cámara de Diputados, el representante del pueblo los plantea, los aborda y los resuelve con el tacto del hombre preparado para tan delicada función, con tacto y con maestría. La cuestión ferroviaria, el asunto bananero, el grave problema de los empréstitos en el extranjero, la cuestión educacional, la cuestión consular, la canalización del Tortuguero, en todos se advierte el punto de vista superior en que el estadista se coloca al abarcarlos y el sentido previsor con que el hombre de estudio, serio y sensato los resuelve.

No quiere esto decir que nos satisfaga por completo su actuación, pues si bien es verdad que compartimos con su entusiasmo creador que clama por la erección de un monumento nacional—fuera del que ya tiene en el corazón de los buenos costarricenses—para el General Cañas, cierto es también que lamentamos que la ayuda concedida a la institución de Sión no hubiese sido otorgada en cambio en favor de alguna institución popular de las que de veras lo necesitan y que si son cimiento de la democracia costarricense a la cual este diputado consagra en el Congreso lo mejor de sus luces.

Hecha esta pequeña salvedad, confirmamos nuestra adhesión al representante del pueblo que una vez fenecido el período de su elección se presenta a rendir cuenta lealmente de cuanto pudo y supo hacer mientras la unción se mantuvo viva en el ciudadano. En su libro el señor Alvarado Quirós ha querido dejar constancia de su esfuerzo efectivo. Ese esfuerzo y la forma leal como el ciudadano lo detalla en su libro *Ecos de la Vida Parlamentaria*, ha de satisfacer sin duda a los lectores que alentaron una esperanza al dar el voto al ciudadano.

gencia y la meditación. Observé cómo los muchachos, sin saberlo, hablan como él, con sonora firmeza.

Al dar las gracias por el honor que se le tributaba, el Sr. García Monge contó algo que me conmovió profundamente. No repetiré con exactitud sus palabras pero sí su idea:

“Hace unos cuantos años viajaba yo en el tranvía. En el mismo carro iba Teodoro Picado a quien yo conocía bastante y cuyo padre me ligaba una respetuosa amistad. Entonces Teodoro era un adolescente, y mi hijo no había sido todavía llamado a este mundo. Yo me dije al verlo tan sano y tan hermoso: si algún día yo tuviera un hijo, me gustaría que fuera como ese muchacho. Lo desee con infinita vehemencia y la vida parece haberme escuchado favorable: mi hijo es bueno, inteligente como él, y hasta físicamente lo encuentro parecido. Y al darme cuenta de

ello, mi corazón experimenta una inmensa alegría".

Así habló don Joaquín con voz mojada en lágrimas y trémula por la emoción, al recordar al hijo ausente, ante la noble presencia que tenía frente a sus ojos.

Los adjetivos más brillantes, colocados por una persona de buen juicio, alrededor de un nombre no pueden tener para mí el valor de estas sencillas palabras dichas por un hombre honrado como hay pocos. Y yo pensé cuán justas parecían, y en el cariñoso sentimiento de orgullo que aquel a quien se referían debe haber despertado en su madre, en su esposa, en sus hijos, en su hermano, en sus alumnos, en sus compañeros.

Me contaba Mario Fernández que fue compañero de Teodoro Picado en el Liceo, que sin imposición alguna, con el tácito consentimiento de cada uno, éste era el líder espiritual del grupo. Todos le querían y obedecían, seguramente porque sentían su inteligencia, su bondad y su fuerza. Una mezcla del Garron y del Deroso de Amicis.

Me parece por lo que me han referido, y ojalá que así sea para bien de Costa Rica, que este hombre pertenece a la categoría de los Omar Dengo, de los Sanderson, de los Angelo Patri, de los Ferriere, de los Decroly, de los Bakoulé; de aquellos que aman el oficio de educador, sin hacer dogma de ningún principio, como un eterno y noble ensayo en el que hay el anhelo de volver habitable este planeta.

Abandona una lucrativa posición como abogado de la United Fruit Co., por venir a un rincón del país a ganar un pobre sueldo si se le compara con los honorarios que dicha compañía le ofrece. Deja su puesto que le asegura confort y la estimación de personajes de influencias y dinero por ir a colocarse al frente de una empresa de orden espiritual que no le asegura comodidad alguna ni gloria y que sólo le traerá dolores, dudas y una que otra alegría honda e inefable.

Cuando pienso en este director y en este Colegio de Alajuela, me parece que la amargura que me dejara la pérdida de Omar Dengo, se torna menos amarga. Hay en Teodoro Picado, como en Omar Dengo, un igual desinterés en el trabajo, una actitud de respeto semejante ante la tarea educacional, una misma vehemente sinceridad en la voz. Al escuchar su frase, uno siente que la dice a golpes de convicción. Casi sin metáforas, casi sin figuras literarias, casi desnuda, como un hermoso cuerpo humano que corre apasionadamente bajo el sol o bajo la lluvia.

Yo estoy contenta al saber que un grupo de estudiantes costarricenses, vive en derredor de este hombre, no al igual de un rebaño en torno de su pastor, sino como un grupo de criaturas humanas con derecho a creer o a dudar, que trabajan, luchan, ganan o pierden teniendo siempre ante la conciencia el ejemplo ileno de fortaleza física y moral de su maestro y amigo.

Carmen Lyra

Junio de 1933.

Ghandi...

(Viene de la página 376.)

la lección que tú das es de voluntad.
Tú has hecho también muchas cosas excelentes:
tú has afirmado los derechos de la conciencia
en el corazón del Hombre.

¿Por qué eres infiel a tus destinos?
¿Por qué en vez de ennoblecer a la India,
la retienes como una presa y la humillas?
Oh! Britannia, suelta a tu víctima sangrante
y lava tus manos en las lágrimas
de tus heroicas madres y de tus vírgenes
y hazlas dignas de arrancar una estrella a los cielos
y de levantarla en alto.
Deja a la India libre: la conciencia universal
te exige este gesto. Deja a la India libre.
No quieras seguir manchando la tierra sagrada
con la sangre de los hombres.
No provoques la inconformidad ni la desesperación.
¿Por qué te complaces en el dolor de los humildes?
¿Por qué prefieres a los gritos de la vida
los sordos y repugnantes gritos de la muerte?
¿Por qué te agrada más que el canto de tus harpas,
o los graves acentos de tus órganos
o el armonioso aleteo de tus alas
o la melodía de tus versos eternos y suaves,
los gritos de los niños heridos o huérfanos,
la maldición de las madres o su insulto?
¿Por qué en vez de poblar de saimos al mundo
lo cargas de lamentaciones?

Tu odio es abominable, Britannia:
Dios, justiciero, está asombrado de tus iras.
Tú imitas el delirio de los grandes
que un día rodaron al abismo.
Hoy no son sino sombras olvidadas:
Babilonia y Egipto y Roma.
También ellas usaron de la hoz
no para cortar los haces de trigo
sino para cortar gargantas de pueblos.
También ellas humillaron al hombre.
También ellas creyeron en el crimen.
También ellas se hicieron grandes
a costa de los débiles y de los pequeños.
Ellas traicionaron a Dios:
sus divindades se convirtieron en piedras;
su alma se corrompió en el lecho de las pasiones;
sus glorias se marchitaron para siempre.
Lo que fueron es hoy simplemente escoria.
Esta es la expiación, Britannia, de los orgullosos.

No provoques a la Divinidad, oh Nación fuerte:
sé humana, sé compasiva, sé generosa.
No desprecies al hombre; el desprecio es un delito.
No escupas sobre el mendigo:
Dios puede ser ese mendigo y confundir tu delirio.
Dios pasa mil veces a tu lado y tú, enloquecida,
lo ignoras. El entorpece tu pensamiento.
Dios te habla por mil voces insinuantes
y tú no lo escuchas: El te ensordece.
El Luminoso quiere habitar en tu seno,
quiere poseer tu pensamiento,
quiere llenar tu corazón con su esplendor,
y tú le huyes. Tú, indiferente, en su presencia
sigues abriendo arterias y rompiendo corazones
y formando un torrente de sangre.
Enfrente del que da la Vida,
tú, ciega, quebrantas su ley.

Tú contradices al Divino:
Donde El pone una oración
tú quieres despertar una injuria;
donde El provoca un anhelo
tú quieres incitar un odio;
donde El pone un pensamiento
tú quieres desencadenar una locura;
donde El alumbró una lámpara
para adornar la paz de la familia,
tú soplas una angustia;
donde El quiso que germinara una simiente
tú lanzas una granada
para abrir un cráter;
donde El hizo nacer una flor
tú derramas tus vasos de sangre;
si El dio al hombre la tierra
tú dices: esto me pertenece;
donde El enseñó una palabra divina
para hablar con sus hijos,
tú gritas: sólo mi idioma es legal;
donde El ofreció el mar
a las ansiedades y esperanzas del hombre,
tú reclamas: el mar es mío;
donde Dios puso una caricia
tú pusiste una cadena.
Oh, Britannia, tú eres poderosa
y Dios es pobre.
¿No pondrá Dios un límite a tu insensata embriaguez?

Britannia, enfrente de ti, está Ghandi, el profeta.
El profeta es el testigo de Dios.
¿No aguardabas, impaciente, un Mesías?
Pues bien: he allí tu Juez.
No surge de la sombra de improviso como el Lobo.